

## CAPITULO IV

Estado interior de Francia hacia mediados del año 1796, año IV.—Apuros de la hacienda del gobierno.—Supresión de las cédulas y el papel moneda.—Ataque del campamento de Grenelle por los jacobinos.—Renovación del pacto de familia con España y proyecto de una cuádruple alianza.—Plan de una expedición á Irlanda.—Negociaciones en Italia.—Continúan las hostilidades.—Llegada de Wurmser al Adige.—Victorias de Lonato y de Castiglione.—Operaciones en el Danubio.—Batalla de Neresheim.—Marcha del archiduque Carlos contra Jourdan.—Marcha de Bonaparte sobre el Brenta.—Batallas de Roveredo, Bassano y San Jorge.—Retirada de Wurmser á Mantua.—Vuelta de Jourdan al Mein.—Batalla de Wurtzburgo.—Retirada de Moreau.

Jamás había parecido Francia tan grande á los ojos de Europa como durante el verano de 1796; pero su situación interior distaba mucho de corresponder á su brillo exterior. París ofrecía un espectáculo singular: los patriotas, furiosos desde la prisión de Babeuf, de Drouet y de los otros jefes, execraban al gobierno, y no deseaban ya las victorias de la república desde que eran en provecho del Directorio. Los enemigos declarados de la revolución las negaban obstinadamente; los hombres cansados de ella fingían no creerlas. Algunos de los que acababan de enriquecerse, debiendo sus tesoros al agiotaje ó á los suministros, ostentaban un lujo desenfrenado, y mostrábanse indiferentes á la revolución á que debían su fortuna. Semejante estado moral era la consecuencia inevitable de un cansancio general de la nación, de pasiones inveteradas en los partidos y de la codicia excitada por una crisis financiera. Sin embargo, contábanse aún muchos franceses republicanos y entusiastas, que conservaban sus sentimientos, regocijándose por nuestras victorias; que lejos de negarlas, acogíanlas por el contrario con transportes de alegría, y que pronunciaban con afecto y admiración los nombres de Hoche, Jourdan, Moreau y Bonaparte. Deseaban además que se hicieran nuevos esfuerzos, y que se obligara á los malévolos y á los indiferentes á contribuir con todos sus medios á la gloria y engrandecimiento de la república.

Para empañar el brillo de nuestras conquistas, los partidos procuraban desacreditar á los generales, habiéndose encarnizado sobre todo contra el más joven y el más notable, contra Bonaparte, cuyo nombre había alcanzado tanta gloria en dos meses. El 13 vendimiario inspiró ya gran temor á los realistas, y tratábanle poco favorablemente en sus diarios. Sabíase que en Italia había dado pruebas de un carácter bastante imperioso; se admiraba su manera de proceder con los Estados de aquel país, concediendo ó rehusando á su antojo armisticios que decidían de la paz ó la guerra: no se ignoraba tampoco que, sin valerse de la intervención de la tesorería, había enviado fondos al ejército del Rin; y algunos se complacían en decir maliciosamente que era indócil y que iba á ser destituido; que era un gran general perdido para la república, y una gloria importuna reprimida á tiempo.

Los malévolos se apresuraron, pues, á circular los

más absurdos rumores; y hasta llegóse á suponer que Hoche, en aquel momento en París, iba á marchar para arrestar á Bonaparte en medio de su ejército. El gobierno escribió á este general una carta con el objeto de desmentir todos estos rumores, y en la cual le renovaba el testimonio de toda su confianza, disponiendo á la vez que se publicase aquélla en todos los diarios. El valeroso Hoche, incapaz de una mezquina envidia contra un rival que en dos meses se había antepuesto á los primeros generales de la república, escribió también para desmentir lo que se le imputaba. Debemos citar esta carta tan honrosa para los dos jóvenes héroes, que dirigida al ministro de policía se publicó después.

«Ciudadano ministro: algunos hombres que, ocultos ó ignorados durante los primeros años de la fundación de la república, no piensan hoy sino en buscar los medios de aniquilarla, y no hablan sino con el fin de calumniar á sus más firmes defensores, circulan hace días los rumores más injuriosos para los ejércitos y para uno de los generales que los mandan. ¿No les basta, para conseguir su objeto, corresponderse abiertamente con la horda conspiradora residente en Hamburgo? ¿Necesitan acaso, para obtener la protección de los señores que tratan de imponer á Francia, envilecer á los jefes de los ejércitos? ¿Creen que éstos, tan débiles como en otro tiempo, se dejarán injuriar sin atreverse á responder, y acusar sin defenderse? ¿Por qué Bonaparte es ahora el blanco de las iras de esos señores? ¿Será tal vez porque les batió, á ellos y á sus amigos, en vendimiario, ó porque disuelve los ejércitos de los reyes, proporcionando á la república los medios de terminar gloriosamente tan honrosa guerra? ¡Ah valeroso joven! ¿Qué militar republicano no arde en deseos de imitarte? ¡Valor, Bonaparte! Conduce á Nápoles y á Viena á nuestros ejércitos victoriosos; contesta á tus enemigos personales humillando á los reyes; comunica á nuestros ejércitos nuevo brillo, y deja á nuestro cargo el cuidar de tu gloria!

»Me he reído de lástima al ver un hombre que, á pesar de su talento, manifestaba una inquietud que no sentía respecto á los poderes concedidos á los generales franceses. Vos los conocéis casi á todos, ciudadano ministro. ¿Quién es aquel que, aun suponiéndole suficiente autoridad sobre su ejército para hacerle marchar contra el gobierno; quién es aquel, repito, que osaría

jamás hacerlo, sin que sus compañeros le aniquilaran en el acto? Apenas se conocen los generales, apenas se corresponden entre sí; su número debe tranquilizar respecto á los designios atribuidos gratuitamente á uno de ellos. ¿Se ignora cuánto pueden en los hombres la envidia, la ambición y el odio, y aun osaré añadir, el amor á la patria y el honor? Tranquilizaos, pues, modernos republicanos.

»Algunos periodistas han llevado el absurdo hasta el punto de suponer que debo ir á Italia con el objeto de arrestar á un hombre á quien aprecio y que merece todos los elogios del gobierno. Se puede asegurar que en el tiempo que corre, pocos generales se encargarían de llenar las funciones de gendarmes, aunque muchos están dispuestos á combatir las facciones y á los facciosos.

»Durante mi permanencia en París he visto hombres de todas las opiniones, pudiendo apreciar algunos en su justo valor. Varios piensan que el gobierno no puede avanzar sin su auxilio y gritan para obtener destinos; otros, de quienes nadie se ocupa, creen que se ha jurado su pérdida y gritan también para excitar el interés. Yo había visto emigrados, más franceses que realistas, llorar de alegría al oír el relato de nuestras victorias, y he visto parisienses que dudaban de ellas. Me ha parecido que un partido audaz, pero sin medios, quería derribar el gobierno actual para substituirle con la anarquía; que un segundo, más peligroso, más diestro, que cuenta con amigos por todas partes, tendía al desquiciamiento de la república, para devolver á Francia la Constitución defectuosa de 1791, con una guerra civil de treinta años; y por último, que un tercero, si sabe despreciar á los otros dos y adquirir sobre ellos el imperio que le dan las leyes, los vencerá al fin, porque se compone de republicanos verdaderos, laboriosos y probos, cuyos medios son los talentos y las virtudes, porque cuenta en el número de sus partidarios á todos los buenos ciudadanos, y á los ejércitos, que no habrán vencido sin duda hace cinco años para permitir que se avasalle á la patria.»

Estas dos cartas impusieron silencio á los malévolos y á todos los rumores.

Pero en medio de su gloria, el gobierno inspiraba compasión por su indigencia. El nuevo papel moneda se había sostenido poco tiempo, y su caída privaba al Directorio de un importante recurso. Ya se recordará que el 26 ventoso (16 de marzo) se crearon é hipotecaron sobre un valor correspondiente de bienes dos mil cuatrocientos millones de cédulas; parte de éstas se habían destinado á retirar los veinticuatro mil millones de asignados que aún quedaban en circulación y el resto á cubrir nuevas necesidades. Esto era en cierto modo, según hemos dicho, una reimpression del antiguo papel con un nuevo título y una cifra nueva. Los veinticuatro mil millones de asignados se habían substituído con ochocientos de cédulas; en vez de crear cuarenta y ocho mil más de los primeros, emitíanse mil seiscientos millones de los segundos. La diferencia, pues, no estaba sino en el título y en la cifra y también en la hipoteca, pues los asignados, por efecto de las subastas, sólo representaban un valor determinado de bienes; mientras que las cédulas, por el contrario, debiendo proporcionar los bienes por la simple oferta del precio en 1790, representaban exactamente la suma de dos mil cuatrocientos

tos millones. Todo esto no impidió su caída, que fué el resultado de diversas causas. Francia no quería más papel, y estaba resuelta á no darle crédito. En este caso, y por grandes que sean las garantías, de nada sirven si no se quiere considerarlas como tales. Por otra parte, la cifra del papel, aunque reducida, no lo estaba bastante: convertíanse veinticuatro mil millones de asignados en ochocientos de cédulas, y por lo tanto se reducía el antiguo papel á su trigésima parte, cuando hubiera debido reducirse á la ducentésima para que hubiese exactitud, puesto que veinticuatro mil millones valían cuando más ciento veinte. Reproducirlos en la circulación por ochocientos millones, convirtiéndolos en cédulas, era un error. Cierto que se daba en hipoteca un valor igual de bienes; pero una tierra que en 1790 valía cien mil francos, sólo se vendía ya por veinticinco ó treinta mil, y de consiguiente, el papel que llevaba este nuevo título y cifra, aunque representara exactamente los bienes, no podía valer como ellos sino la tercera parte del metálico. Ahora bien; querer hacerlo circular á la par equivalía á sostener una mentira; y aun cuando hubiera sido posible devolver la confianza al papel, la suposición exagerada de su valor debía hacerle bajar siempre. Así se explica que, aunque su circulación fuese forzosa por todas partes, no se aceptara sino un momento. Las violentas medidas que pudieron imponerle en 1793 no tenían ya fuerza; nadie trataba ya sino con metálico; comenzó á circular todo aquel numerario que se creía oculto ó exportado al extranjero, el que estaba escondido vió de nuevo la luz, y el que había salido de Francia volvía á entrar. En las provincias meridionales abundaban los duros procedentes de España, aceptados entre nosotros por necesidad. El oro y la plata van, como todas las mercancías, allí donde la necesidad los llama, sólo que su precio es más elevado y se mantiene hasta que la suma sea suficiente y quede la necesidad satisfecha. Aún se cometían algunas bribonadas en los reintegros en cédulas, porque las leyes, dando al papel curso forzoso de moneda, permitían emplearle en pago de obligaciones escritas; pero no se osaba hacer muchas, y en cuanto á las contratas negociábanse en numerario. En todos los mercados no se veía sino plata ú oro, ni se pagaban más que en metálico los jornales del pueblo. Hubiérase dicho que no existía papel en Francia: las cédulas se hallaban únicamente en manos de los especuladores, que las recibían del gobierno, revendiéndolas después á los compradores de bienes nacionales.

De este modo, la crisis financiera, aunque existente aún para el Estado, había cesado casi para los particulares. El comercio y la industria, aprovechándose de un primer momento de reposo, y de algunas comunicaciones abiertas de nuevo con el continente á consecuencia de nuestras victorias, comenzaban á recobrar alguna actividad.

No se necesita, como los gobiernos tienen la vanidad de creerlo, estimular á la producción para que prospere; basta no contrariarla, pues aprovechase del primer momento para desarrollarse con maravillosa actividad. Pero si los particulares recobraban un poco de comodidad, el gobierno, es decir, sus jefes, sus agentes de toda especie, militares, administradores ó magistrados, y también sus acreedores, quedaban reducidos á una espantosa miseria. Las cédulas que se les daban eran

inútiles en sus manos; sólo podían hacer un uso de ellas, que era pasarlas á los especuladores en papel, quienes tomaban cien francos por cinco ó seis, revendiéndolas después á los compradores de bienes nacionales. De este modo se morían de hambre los rentistas, los empleados presentaban su dimisión; y contrariamente á lo que suele suceder, en vez de pedir destinos renunciaban á ellos.

Los ejércitos de Alemania y de Italia, viviendo en país enemigo, substraíanse de la miseria común; pero los del interior sufrían una espantosa escasez. Hoche no podía sostener á sus soldados sino con los frutos recogidos en las provincias del Oeste, y veíase precisado á sostener el estado de sitio para tener el derecho de adquirir subsistencias. Ni los oficiales ni él mismo tenían con qué vestirse. El servicio de las etapas, establecido en Francia para las tropas que la recorrían, había faltado á menudo, porque los contratistas rehusaban adelantar ya más. Las fuerzas salidas de las costas del Océano para reforzar el ejército de Italia se hallaban detenidas en el camino, y hasta se cerraron los hospitales y se expulsó á los infelices soldados del asilo que la república les debía, porque no era posible proporcionar remedios ni alimentos. La gendarmería estaba completamente desorganizada, pues careciendo de uniformes y de equipo, no prestaba ya casi servicio alguno. Los gendarmes, queriendo conservar sus caballos, que no eran substituidos por otros, no protegían ya los caminos, infestados por los salteadores que abundan después de las guerras civiles, los cuales penetraban en los campos y á menudo en las ciudades, y cometían el robo y el asesinato con inaudita audacia.

Vemos, pues, cuál era el estado interior de Francia: aquella nueva crisis se caracterizaba particularmente por la miseria del gobierno en medio de cierto desahogo entre los particulares. El Directorio no vivía sino de los restos del papel y de algunos millones que sus ejércitos le enviaban del extranjero. El general Bonaparte le había remitido treinta millones y cien magníficos caballos de tiro para contribuir un poco á sus pompas.

Se trataba ahora de acabar de una vez con todo aquel embrollo del papel moneda, para lo cual se necesitaba que su curso no fuese ya forzoso, y que se recibiese el impuesto en valor efectivo. Declaróse, pues, el 28 mesidor (16 de julio), que todo el mundo podría contratar como quisiera y estipular en moneda de su elección; que las cédulas no se recibirían sólo al curso efectivo, y que éste se publicaría diariamente por la tesorería. En fin, se osó declarar que se recibirían los impuestos en efectivo ó en cédulas al curso, y sólo se hizo excepción en la contribución territorial. Desde la creación de las cédulas se había tratado de percibirla en papel y no en especie, aunque se sabía que más hubiera valido efectuar siempre lo contrario, porque en medio de las variaciones del papel se hubieran recogido al menos víveres. Decidióse, pues, tras largas discusiones y proyectos sucesivamente desestimados por los Ancianos, que en los departamentos fronterizos ó próximos á los ejércitos se exigiese la recaudación en especie, pero que en todos los demás se verificase en cédulas al curso de los granos. Así, el trigo que en 1790 se valuaba en diez francos el quintal, lo era á la sazón en ochenta francos en cédulas; y representando cada diez francos de coti-

zación un quintal de trigo, debía pagarse en la actualidad ochenta francos en cédulas. Mucho más sencillo hubiera sido exigir el pago en efectivo ó en cédulas al curso; pero no se atrevieron á hacerlo aún, pues aunque se empezaba á tocar la realidad, era titubeando.

Tampoco se había cobrado todavía el empréstito forzoso, porque la autoridad no tenía la arbitraria energía que hubiera llevado prontamente á efecto reducción semejante. Quedaban por percibir más de trescientos millones y se decidió que en pago del empréstito y del impuesto se recibiesen las cédulas á la par y los asignados á uno por ciento, pero sólo durante quince días; pues pasado este plazo, el papel únicamente se recibiría al curso. Este era un medio para hacer que pagasen los morosos.

Declarada la supresión de las cédulas, no era ya posible recibir las en pago íntegro de los bienes nacionales que les estaban afectos, y era inevitable la quiebra que se había previsto para ellas como para los asignados. En efecto, anuncióse que si las cédulas emitidas por los dos mil cuatrocientos millones desmerecían mucho de este valor y no valían más que doscientos ó trescientos millones, el Estado no daría ya el valor prometido, por los bienes, es decir, los dos mil cuatrocientos millones. Sostúvose lo contrario, con la esperanza de que se mantendrían las cédulas con cierto valor; pero como cien francos valían únicamente cinco ó seis, el Estado no podía ya dar una tierra de aquella cantidad en 1790 y de treinta á cuarenta francos actualmente por solos cinco ó seis. Esta era la especie de bancarota que habían sufrido los asignados, y cuya naturaleza explicamos anteriormente. El Estado hacía entonces lo que hoy una caja de amortización que compra al curso de la plaza, y que en caso de una baja extraordinaria compraría por cincuenta lo que había expendido por ochenta ó noventa; por consiguiente, se decidió el 8 termidor (26 de julio) que el último cuarto de los dominios nacionales, hipotecados por la ley del 26 ventoso (la que creaba las cédulas), se entregaría en cédulas al curso y en seis pagos iguales; y como se había hipotecado por ochocientos millones de bienes, este cuarto era de doscientos millones.

El papel moneda llegaba, pues, á su fin, y no faltará quien pregunte que por qué se hizo este segundo ensayo de cédulas que tuvieron tan poca vida y aceptación. En general se juzga de las providencias de este género independientemente de las circunstancias que las han producido. El temor de que faltase numerario había indudablemente contribuido á la creación de las cédulas; y si no hubiese habido otra razón, se hubiera cometido una gran falta, porque el numerario no puede faltar; pero había habido necesidad de ellas, principalmente por lo indispensable que era vivir de los bienes, y anticipar cantidades sobre su venta. Era preciso poner en circulación su precio antes de retirarlo, y emitirlo al efecto en forma de papel. El recurso no fué sin duda muy grande cuando tan pronto faltaron las cédulas; pero al fin hubo con que sostenerse cuatro ó cinco meses, que era algo. Deben considerarse las cédulas como un nuevo descuento del valor de los bienes nacionales, como un recurso mientras se vendían éstos. Vamos á ver cuántos apuros tuvo aún el gobierno antes de poder realizar la venta en metálico.

No le faltaban á la tesorería recursos próximos á exigir; pero mediaba con ellos lo que con los bienes nacionales, que era preciso tenerlos en la mano. Aún faltaban recibir trescientos millones de empréstito forzoso; otros trescientos de la contribución territorial, es decir, todo el valor de esta contribución; veinticinco millones de la contribución sobre el lujo; todo el arriendo de los bienes nacionales, y los atrasos de este pago, que ascendían á sesenta millones; varias contribuciones militares; el valor de las alhajas de los emigrados; algunos atrasos, y finalmente ochenta millones de papel contra el extranjero. Agregados todos estos recursos á los doscientos millones del último cuarto del precio de los bienes, se tenían mil y cien millones, suma enorme, pero difícil de hacerse efectiva. Para concluir el año, es decir, para llegar al 1.º vendimiario, sólo faltaban cuatrocientos millones, que hubiera sido una felicidad realizarlos inmediatamente á cuenta de mil y ciento. Para el siguiente año tenía las contribuciones ordinarias que se esperaba percibir las todas en numerario, que importando quinientos y tantos millones, cubrían lo que se llamaba gasto ordinario. Para los de la guerra en el caso de nueva campaña, tenía el resto de los mil y cien millones, puesto que en este año no debía gastar más de cuatrocientos, y tenía finalmente las nuevas hipotecas de los bienes nacionales. Difícil era recaudar estas sumas. El contante no se compone nunca más que de los productos del año; y era además muy difícil cobrarlo todo de una vez por medio del empréstito forzoso, la contribución territorial y de lujo y la venta de los bienes. Empezóse á trabajar de nuevo en la recaudación de las contribuciones, y se concedió al Directorio la facultad extraordinaria de hipotecar bienes belgas por cien millones en metálico. Los pagarés, especie de bonos reales, teniendo por objeto descontar las entradas anuales, habían corrido la misma suerte que todo papel; y no pudiendo hacer uso de este recurso, el ministro pagaba á los contratistas en libranzas de liquidación, que debían satisfacerse con los primeros ingresos.

Tales eran las miserias de aquel gobierno, tan glorioso en el exterior. Los partidos no habían dejado de agitarse interiormente: la sumisión de la Vendée había reducido mucho las esperanzas de la facción realista; pero los agentes de París no dejaban por eso de estar más convencidos del mérito de su antiguo plan, que consistía en no valerse de la guerra civil, sino en pervertir las opiniones, apoderándose poco á poco de los Consejos y de las autoridades, y por lo tanto limitábase á trabajar para sus diarios. En cuanto á los patriotas, su indignación había llegado al colmo: después de favorecer la evasión de Drouet, que consiguió escapar de la cárcel, meditaban nuevas conspiraciones, á pesar de haberse descubierto la de Babœuf. Muchos antiguos convencionales y termidorianos, relacionados en otro tiempo con el gobierno que ellos mismos formaron al día siguiente del 13 vendimiario, comenzaban á estar descontentos. Según hemos visto, una ley ordenaba á los ex convencionales no reelegidos y á todos los funcionarios destituidos la salida de París. Por un error la policía expidió órdenes de prisión contra cuatro convencionales, individuos del cuerpo legislativo, y estas órdenes fueron denunciadas con amargura en el Consejo de los Quinientos. Tallián, que al descubrirse

el complot de Babœuf había manifestado altamente su adhesión al sistema de gobierno, pronuncióse agriamente contra la policía del Directorio y contra los reuelos de que eran objeto los patriotas. Contestóle su acostumbrado adversario Thibaudeau, y después de una discusión bastante acolorada y de varias recriminaciones mantúvose cada cual en su opinión. El ministro Cochón, sus agentes y espías, eran sobre todo objeto del odio de los patriotas, que fueron los primeros sometidos á la vigilancia. Sin embargo, la marcha del gobierno estaba perfectamente trazada; si se había pronunciado del todo contra los realistas, hallábase también separado de los patriotas, es decir, de esa gente del partido revolucionario que deseaba volver á una república más democrática, y que juzgaba demasiado benéfico para los aristócratas el régimen actual. A no ser por el estado de la hacienda, la situación del Directorio, separado de todos los partidos, conteniéndolos con mano fuerte y sostenido por admirables ejércitos, era tranquilizadora y bastante envidiable.

Los patriotas habían hecho ya dos tentativas y sufrido dos represiones desde la instalación del Directorio. Quisieron primero organizar nuevamente el club de los jacobinos en el Panteón, pero el gobierno mandó cerrarle. Después ensayaron un complot misterioso bajo la dirección de Babœuf, y fueron descubiertos por la policía, que se apoderó de sus jefes: mas á pesar de todo seguían agitándose y pensaban en una última tentativa. La oposición, al atacar una vez más la ley del 3 brumario, excitó en ellos redoblada cólera, impeliéndoles á dar el último golpe. Trataban de sobornar á la legión de policía, que había sido disuelta y convertida después en un regimiento, que era el 21 de dragones; proponíanse hacerle faltar á su fidelidad; y en el caso de conseguirlo esperaban arrastrar en pos á todo el ejército del interior acampado en la llanura de Grenelle. Al mismo tiempo querían promover un motín disparando tiros en París, y tirando escarapelas blancas por las calles al grito de *viva el rey!*, á fin de hacer creer así que los realistas se armaban para aniquilar la república. Entonces se habrían aprovechado de este pretexto para correr á las armas, apoderarse del gobierno y hacer que se declarase en su favor el campamento de Grenelle.

El 12 fructidor (29 agosto) ejecutaron una parte de su proyecto; dispararon petardos y tiraron por las calles algunas escarapelas blancas; pero advertida la policía, adoptó tales precauciones, que los revoltosos no pudieron emprender movimiento alguno. No se desanimaron por eso, y algunos días después, el 22 (9 septiembre), decidieron á consumar la conspiración. Treinta de los principales, reunidos en el Gros-Caillou, acordaron formar por la noche un considerable grupo en el barrio de Vaugirard, inmediato al campamento de Grenelle: este barrio, lleno de jardines y cortado por tapias, presentaba líneas detrás de las cuales podrían reunirse y oponer resistencia en el caso de ser atacados. Llegada la noche, reuniéronse en efecto setecientos ú ochocientos hombres, armados de fusiles, pistolas, sables y estoques. Entre ellos figuraban los más resueltos del partido, contándose algunos oficiales destituidos, que con sus uniformes y charreteras se pusieron á la cabeza del grupo; también había varios ex convencionales, con su